

NOTA DE PROSPECTIVA Nº 18/2012

DE: JOAQUÍN ROY. Catedrático Jean Monnet. Universidad de Miami y colaborador de Opex

ASUNTO. EUROPA Y EEUU: ANTES Y DESPUÉS DE LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES

Panel: Relaciones Transatlánticas

www.falternativas.org/opex

Contexto: antes de las elecciones

Aunque las referencias a la relación transatlántica en la campaña presidencial han sido leves, conviene meditar sobre ese vínculo. El tándem compuesto por Estados Unidos y Europa es de tal importancia que resulta imposible considerar la globalización, sin tenerla en cuenta. Sin embargo, un tema que parece simple y fácil de entender revela dimensiones confusas, preñadas de estereotipos. En la relación entre Estados Unidos y Europa ambas partes dan por descontada la existencia de la otra. La mutua relación se considera como un hecho normal histórico. De ahí que frecuentemente surjan conductas y malentendidos bajo la protección del reclamo que los daños son corregibles por un vínculo inamovible. Si se detectan conflictos, ambos socios están condenados a entenderse. Si se comprueba falta de conocimiento, se juzga que es subsanable con medios asequibles. Los medios para un entendimiento y colaboración están al alcance y, por lo tanto, la relación efectiva no es utópica. Conviene resumir algunas dimensiones de esta relación y apuntar unas mínimas recomendaciones para consolidarla o corregirla.

Una relación especial

El siglo XX estuvo dominado por una serie de acontecimientos, ideologías e hitos de las relaciones interestatales. Destacan dos guerras de alcance mundial, el auge y caída de dos ideologías que dejaron trágica huella, y una relación intercontinental que ha estado íntimamente relacionada con las contiendas bélicas y se ha mantenido firme a pesar del extremismo político. Pero lo que parece "normal" tiene perfiles y vertientes de dimensiones variadas y se presta a un ajuste de análisis, más en la actualidad, luego del siglo "americano".

Ambos contrayentes de ese maridaje son diferentes en su ADN esencial, contrastan en su estructura, y se han comportado de forma similar y no siempre como bloque sólido a prueba de todas las dificultades. A pesar de todo, la supuesta positiva relación Europa-Estados Unidos se considera exenta de serias discrepancias. Ambos socios parecen responder a similares valores, intereses y objetivos. Pero tienen una personalidad diferente.

Hay que distinguir entre dos expresiones que frecuentemente se consideran sinónimas. "Europa" responde a una identificación geográfica o cultural, mientras que la "Unión Europea" es, de momento, un ente jurídico, que disfruta de plena personalidad como sujeto internacional desde el Tratado de Lisboa. Pero la UE no podría ser una "nación" de corte cultural o étnico, sin que estuviera sujeta al requerimiento de la voluntad, y por el contrario se cimentara según los perfiles del nacionalismo anclado en el linaje y el vínculo sanguíneo de

los individuos ("nacionales"). La UE (y sus predecesores) sería más semejante a la "nación liberal" o "cívica".

"Estados Unidos de América", una entidad de nombre ambiguo, posee una personalidad internacional precisa y es sujeto de derecho internacional. Pero la etiqueta revela ambivalencias y confusiones. En fin, comentarios veloces y estudios rigurosos identifican "Estados Unidos" como un territorio definido, con estructura federal compuesta de Estados (herederos de las "colonias" británicas que se independizaron por decisión de 1776), un pueblo que adquiere ciudadanía de "Estados Unidos", unas instituciones comunes elegidas por sufragio universal, y un reconocimiento internacional. En contraste, las dudas surgen sobre la personalidad de "Europa". Se cuestiona su existencia, sus límites imprecisos, y se indaga infatigablemente sobre sus valores e intereses compartidos. Pero mientras los "americanos" aparentemente saben quiénes son, los europeos se deben contentar con saber quiénes *no* son. Europa, por lo menos, no es África, Asia, o el Oriente Medio, aunque en algunos países sus ciudadanos sientan afinidad por los valores europeos.

De lo anterior se deduce, contra la creencia de que ambas entidades responden a diferente personalidad, que tienen en común el estar construidas por la voluntad. Se es estadounidense, jurídica y mentalmente, por decisión individual. Aunque internamente un recién llegado no adopte todos los ingredientes del credo norteamericano, su derecho a serlo no le puede ser denegado y cada uno lo ejerce a su manera. La Unión Europea, constituida no por individuos, sino por Estados, tiene también similares cimientos nacidos de la voluntad de adherirse. Los ciudadanos adquieren esa condición también voluntariamente, aunque de forma indirecta por decisión de los estados de los que son ciudadanos. No pueden, jurídicamente, acceder a la ciudadanía europea de la misma forma que los estadounidenses adquieren la suya, sin necesidad de pasar por el tamiz de convertirse en ciudadanos previamente titulares de un Estado en que se reside.

Pero en ambos casos, la voluntad de adherirse hace posible el refuerzo de una nación en la que se cree pertenecer. En Europa esa cualidad se da por descontada por la fuerza irresistible de la historia. Se daría de esa manera el caso sumamente significativo de que si en Francia fue el Estado el que construyó la nación, en el caso de la UE, sería ésta la que daría consistencia, sentido jurídico y personalidad política propia, como una nación cultural, a "Europa", cuyo destino y supervivencia se puso en duda con el casi suicidio de la Segunda Guerra Mundial.

Ahora bien, la UE ejerce papeles de estado (a través de sus políticas comunes). Mientras "Europa" podría ser considerada como una "nación" cultural, que tendría una herencia común compartida en diversos grados, la UE sería el "estado", una estructura formada por instituciones y derecho que le daría consistencia económica y política a la "nación". En el futuro, estas dos líneas ("Europa" y la "UE") podrían confluir. En contraste, "Estados Unidos" disfrutaría de ambas dimensiones: nación y estado, ejemplo pleno de estado-nación clásico.

Para Europa (o la UE, si se quiere), Estados Unidos es un actor unitario, con decisiones soberanas a nivel federal; para Estados Unidos, la UE se ecualiza con "Europa" en general. Al mismo tiempo, "Europa" es para Washington una serie inconexa de estados con los hay que tratar de temas cruciales, o incluso conviene hacerlo individualmente, evitando el complicado entramado institucional de la UE, o cuestionándolo problemáticamente. Además, cuando se tratan los sensibles temas de seguridad es la OTAN. "Europa" y la "Unión Europea" apenas existen para la lógica geopolítica "americana".

La única diferencia entre republicanos y demócratas es de matices, algunos importantes. Mientras los intereses que respaldan a Romney priman el protagonismo de los estados europeos, los demócratas son más proclives al reconocimiento de la entidad europea colectiva. Obama, es natural, está dispuesto a reconocer la eficacia histórica del estado de bienestar europeo, mientras que Romney estaría dispuesto a dismantelar las modestas reformas del "Obamacare". Para el núcleo duro de los republicanos, lo que es "malo para Europa, es bueno para Estados Unidos" y "lo que es bueno para la UE debe ser malo para Estados Unidos". La lógica demócrata y de sus think tank afines cree firmemente que lo que es bueno para la UE debe ser bueno para Estados Unidos", al que no conviene una Europa débil y dividida.

Recomendaciones

El tema de las relaciones transatlánticas es objeto frecuente de las recomendaciones ofrecidas por comisiones y centros de reflexión, productores de informes, de los que algunos sobreviven al paso del tiempo. Un ejemplo emblemático es un volumen publicado por un equipo aglutinado por el Centro de Relaciones Trans-Atlánticas de la Universidad Johns Hopkins-SAIS. <http://transatlantic.sais-jhu.edu/publications/books/shoulder-to-shoulder-book-finaltext.pdf>

En el texto titulado "Shoulder to Shoulder: Forging a Strategic U.S.–EU Partnership", este grupo bi-regional, al que pertenece la Fundación Alternativas, examina la evidencia que muestra que "el mundo en que se basó el llamado Partenariado Trans-Atlántico está desvaneciéndose". Ahora bien, se considera que el legado de esa asociación debe preservarse. Ambas partes no pueden sublimar por separado las metas a lograr. No hay una coalición de alcance mundial que funcione satisfactoriamente. Es, por lo tanto, indispensable, pero al mismo tiempo también es insuficiente. Europa y Estados Unidos no pueden solucionar problemas que rebasan sus fronteras o sus intereses. Solamente asociándose a otros actores lograrán el éxito deseado. Juntos, los americanos y los europeos, deben posicionar sus economías, proteger sus sociedades, conservar una Europa libre y abierta, encarar los conflictos eficazmente, enfrentarse a la proliferación de armas nucleares, preservar el frágil medio ambiente planetario. Pero hay una

falta de concordancia entre la naturaleza de los retos que se deben enfrentar, la capacidad de las instituciones, y las herramientas disponibles. Se necesita una verdadera sólida cooperación para convertir la mera relación en un vínculo estratégico.

Es necesaria una Europa "completa, libre y en paz". Juntos, Estados Unidos y Europa deben encarar de forma más decisiva los conflictos bélicos que se presenten, y redoblar los esfuerzos para hacer cesar la proliferación de armas de destrucción masiva. Las dos grandes potencias de ayuda al desarrollo deben "mejorar la efectividad y coordinación de las políticas y los planes de ayuda humanitaria".

El informe señala que la presencia de vínculos débiles obstaculizará la relación sólida y como consecuencia invitarán a los retos exteriores. En lugar de tratar de crear nuevos foros y mecanismos, se deben reforzar los existentes (por ejemplo, al OTAN).

Más allá de la temática del informe, en suma, se constata que los retos se presentan como imponentes, pero la consecución de una buena y leal cooperación es alcanzable. El potencial para seguir teniendo una presencia conjunta en el mundo sigue siendo notable, y el apoyo de los ciudadanos a ambos lados del Atlántico no ha disminuido notablemente. Ahora bien, algunos obstáculos se pueden interponer en esa tarea. El populismo y el radicalismo ideológico han aparecido con alarma tanto en Europa como en Estados Unidos. El proteccionismo es un mecanismo al alcance de sectores políticos que creen contrarrestar lo que se percibe como competencia desleal. La falta de información popular a ambos lados impele a los ciudadanos a elegir líderes tentados por el nacionalismo.

En un nivel hipotético, la ruptura entre Estados Unidos y Europa provendría de dos orígenes. El primero sería un acrecentamiento de la dependencia de ambos del suministro de energía procedente del exterior, lo que los enfrentaría por el control o el acceso a la zona de producción. El segundo, conectado con el primero, deriva del desequilibrio militar y el trasfondo ideológico que lo sostiene. Mientras Europa ha insistido en un desarme progresivo, Estados Unidos dispone de las fuerzas armadas más potentes del planeta.

De ahí que se aventure la tesis de que las desavenencias entre Europa y Estados Unidos responden a síntomas profundos que reflejan innatas diferencias de personalidad. En síntesis, los europeos provendrían de Venus, mientras los americanos serían herederos de Marte. Mientras unos se sentirían inclinados a una paz perpetua, la negociación y la diplomacia, los otros verían un mundo hobbesiano donde solamente el mensaje del uso de la fuerza sería garantía de estabilidad y supervivencia. Pero este planteamiento ha cambiado mucho en la etapa de Obama. Está por ver cuál de las dos supuestas actitudes tiene más probabilidades de resolver los graves problemas del mundo. Mucho depende, por lo tanto, de una necesaria colaboración entre estas dos visiones.

Las Notas de Prospectiva son análisis breves que alertan sobre cambios sociales, políticos o económicos, que están teniendo lugar bajo la superficie de los acontecimientos; cambios susceptibles de afectar a la acción exterior de España y/o la Unión Europea.



www.falternativas.org